
TEORIA SOCIAL: LAS RELACIONES ENTRE EUROPA Y ESTADOS UNIDOS*

Josep Picó López
Universidad de Valencia

RESUMEN

La sociología mundial perdería la comprensión de su perspectiva y la variedad de sus enfoques respecto a la realidad social si continúa sufriendo la estandarización de la sociología profesional americana. La sociología europea necesita resistir a esta tendencia de la misma manera en que Europa ha de resistir la macdonalización de la cultura con el fin de preservar la diversidad de sí misma y del mundo. Contra esta tesis de R. Münch, Jeffrey C. Alexander cuestiona la forma particular en que el sociólogo alemán investiga la dimensión social de la ciencia y el reduccionismo de su enfoque, es decir, la asimetría entre las causas sociales y la lógica teórica en su análisis de la sociología europea y americana. Este artículo trata de situar, resumir y clarificar algunos de los temas de esta polémica teórica.

A lo largo de la segunda mitad del siglo XX hemos presenciado en el campo de la sociología toda una serie de polémicas teóricas que han marcado prácticamente cada una de sus décadas. En los años cincuenta se comenzó con el positivismo¹, al que siguió la hermenéutica (lenguaje y ver-

* Ponencia presentada por el autor en el Convenio Internacional sobre «Teoría e Investigación: el problema y el desafío de la Sociología Contemporánea», que se celebró en la Università degli Studi de Cassino (Roma), en mayo de 1997.

¹ Una introducción a esta polémica se puede seguir en Th. W. ADORNO y otros (1973): *La disputa del positivismo en la Sociología alemana*, México, Grijalbo. También en Ch. BRYANT (1985): *Positivism in social Theory and Research*, Londres, St. Martins Press.

dad)², muy ceñidas ambas al estatuto epistemológico del conocimiento de la realidad social y con filiación preponderantemente germánica. La sociología francesa, que siempre ha reclamado la primogenitura de la disciplina, se centró más en el diálogo entre agente y estructura, muy en consonancia con la tradición de Mauss y Durkheim, pero esta vez protagonizado por Boudon³ y Bourdieu⁴, que en alguna medida han simbolizado el individualismo metodológico y el estructuralismo. El eje de los setenta estuvo marcado por las clases sociales⁵ y el Estado⁶, aunque ambos temas se venían arrastrando desde la inmediata postguerra. Las clases sociales, sobre todo, estuvieron siempre presentes en la sociología marxista francesa⁷ e italiana⁸ y, para la vertiente socialdemócrata sajona, fueron motivo de estudio reiterado desde el primer momento a través de los trabajos sobre movilidad y clase obrera (Lokwood, Golthorpe)⁹.

Pasada la éjida de los setenta y después del «gran desencanto de la razón», la postmodernidad se adueñó del panorama teórico¹⁰, pero en este caso, dada la interdisciplinariedad del problema, se rompieron las fronteras nacionales, y ocurrió lo mismo con la reflexión sobre el género¹¹, que, aunque traía las aguas de décadas anteriores, se vio invadida por centenares de publicaciones que universalizaron corrientes y enfoques como reflejo de la universalización del campo.

Un tema, para algunos artificial (N. Elias) pero para otros fundamentalmente epistemológico (E. Goffman), recorre los períodos examinados. Nos referimos a la polémica micro-macro¹², que últimamente está acaparando

² Ver J. BLEICHER (1980): *Contemporary hermeneutics. Hermeneutics as method, philosophy and critique*, Londres, Routledge and Kegan Paul; o también, S. J. HEKMAN (1985): *Hermeneutics and sociology of knowledge*, Cambridge, Polity Press.

³ R. BOUDON (1981): *La lógica de lo social*, Madrid, Rialp; o también, D. ANTISERI y L. PELLICANI (1992): *L'individualismo metodológico*, Milano, Franco Angeli.

⁴ A. ACCARDO y Ph. CORCUFF (1986): *La sociologie de Bourdieu*, Bordeaux, Le Mascaret; C. CALHOUN y otros (eds.) (1993): *Bourdieu. Critical perspectives*, Cambridge, Polity Press.

⁵ A. GIDDENS (1981): *The class structure of the advanced society*, Londres, Hutchinson; traducido en Alianza, 1979; P. CALVERT (1982): *The concept of class*, Londres, Hutchinson; E. O. WRIGHT (1985): *Classes*, Londres, Verso.

⁶ R. MILIBAND (1970): *El Estado en la sociedad capitalista*, México, Siglo XXI; S. BERNSTEIN *et al.* (1984): *The state in capitaliste Europe*, Londres, George, Allen and Unwin.

⁷ Los *Cahiers Internationaux de Sociologie* que dirige Gurwitsch son testimonio de los artículos que se dedican a este tema en la inmediata postguerra, y de algunos números monográficos. Sin olvidar los trabajos de Mallet, Poulantzas...

⁸ Lo mismo se puede decir de los *Quaderni di Sociologia* de F. Ferraroti hasta la aparición del ensayo de Sylos Labini en 1974.

⁹ D. LOCKWOOD (1958): *The blackcoated worker*, Londres, George Allen & Unwin; R. DAHRENDORF (1959): *Class and class conflict in industrial society*, Londres, Routledge & Kegan Paul, traducido en Rialp, 1962; J. H. GOLDTHORPE (1968): *The affluent worker: Industrial attitudes and behavior*, Cambridge, CUP.

¹⁰ J. F. LYOTARD (1984): *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra; S. BEST y D. KELLNER (1991): *Postmodern Theory*, Londres, MacMillan; J. Picó (ed.) (1988): *Modernidad y postmodernidad*, Madrid, Alianza Editorial.

¹¹ Ver J. MITCHELL y A. OAKLEY (eds.) (1986): *What is feminism?*, Oxford, Blackwell; y también, M. Threlfall (ed.) (1996), *Mapping the women's movement*, Londres, Verso.

¹² J. ALEXANDER *et al.* (1987): *The micro-macro link*, Berkeley, Univ. of California Press; J. Huber (ed.) (1991): *Macro-micro linkage in Sociology*, Londres, Sage.

muchas páginas de la literatura sociológica. Sin embargo, las décadas de los ochenta y noventa me parece que han estado marcadas preponderantemente por la crisis del Estado del Bienestar¹³ y la globalización¹⁴, que rompen definitivamente las barreras disciplinares y espacio-temporales de la reflexión.

No quiero excluir con esta descripción otros muchos aspectos que a algunos parecerán de mayor relieve y a otros menos. No es mi intención entrar en polémica sobre las «polémicas», su número e importancia, un tema siempre opinable y por ello mismo discutible¹⁵.

Mi intención en este artículo es reseñar que, cuando ya el siglo está prácticamente vencido y pocos esperaban un nuevo enfrentamiento entre ideas o personas que no fuese más allá de profundizar en lo que todavía está por explorar, aparece —incluso de manera un poco virulenta— la polémica sobre la génesis y el desarrollo territorial de la teoría, o, por decirlo con otras palabras, la relación entre teoría social y nación aplicada a dos grandes continentes, Europa y América.

La polémica tiene como protagonistas a dos teóricos importantes de la escena actual, R. Münch y J. C. Alexander. El origen es un artículo escrito por Münch en 1991¹⁶ sobre la identidad cultural y las formas sociales de la producción teórica en la teoría social europea y americana, en el que contraponía tradiciones, originalidad, relaciones de poder y dominación entre los diferentes países, y, para remachar el clavo, insistió sobre el mismo tema en el Congreso Mundial de Sociología que se desarrolló en Bielefeld en 1994, hablando sobre la contribución de la teoría social alemana a la sociología europea¹⁷.

Conviene recordar que las aportaciones nacionales al acervo de la sociología en general no son un tema novedoso; es más, casi han sido un ritual obligatorio en todos los congresos mundiales que se han desarrollado al menos hasta bien entrada la década de los sesenta. Señalemos a este respecto algunas que han sido extremadamente meritorias para conocer los primeros pasos de la sociología en los diversos países después de la Segunda Guerra Mundial, como son, por ejemplo, las de A. Touraine o R. Aron para Francia, E. Shils o S. P. Turner para Estados Unidos, T. H. Marshall o T. Bottomore para Inglaterra, R. Köning o Th. W. Adorno para Alemania, etc. Un repaso a las revistas espe-

¹³ P. FLORA y A. HEIDENHEIMER (eds.) (1981): *The development of welfare states in Europe and America*, Londres, New Brunswick; J. PICÓ (1987): *Teorías sobre el Estado del Bienestar*, Madrid, Siglo XXI.

¹⁴ L. SKLAIR (1991): *Sociology of the global system*, Londres, Prentice Hall; R. ROBERTSON (1992): *Globalization*, Londres, Sage.

¹⁵ Un mapa diferente al dibujado aquí sobre las disputas clásicas debido a su arco temporal e interdisciplinar se puede ver en R. J. ANDERSON *et al.* (eds.) (1990): *Classic disputes in Sociology*, Londres, Routledge.

¹⁶ R. MÜNCH (1991): «American and European Social Theory: cultural identities and social forms of theory production», *Sociological Perspectives*, 34 (3), pp. 313-335.

¹⁷ R. MÜNCH (1994): «The contribution of German social theory to European Sociology», en B. Nedelmann y P. Sztompka (eds.): *Sociology in Europe: In search for identity*, Berlín, Walter de Gruyter, pp. 45-66.

cializadas de la materia nos ofrece excelentes panorámicas, como las de Drouard en la *Revue Française de Sociologie* (1982), Abrams en *Practice and Progress* (1981), Turner en *The Impossible Science* (1990) o la de Meja en *Modern German Sociology* (1987).

Ahora bien, la internacionalización de la sociología que Parsons vaticinaba en 1945¹⁸, creyendo que pronto iba a ser una ciencia madura, basada en la disponibilidad, la aceptación común y el empleo de un sistema teórico general bien articulado, no se cumplió.

La sociología europea estuvo marcada, entre otros factores, por un proceso tardío de institucionalización y un esfuerzo por vencer la influencia americana sobre cada una de las sociologías nacionales y por establecer sus propios modelos teóricos adaptados a las condiciones sociales, culturales y a las tradiciones de cada país. La nacionalización se ha desarrollado en relación con las contradicciones internas de cada comunidad científica y con los intereses de los diversos grupos, pero también ha sido una lucha contradictoria entre resistencia y asimilación respecto a la sociología americana.

El diálogo, si así se le puede llamar, sobre la internacionalización, etnocentrismo o americanización de la sociología comenzó a ser más intenso a partir de la década de los sesenta. Wilbert Moore¹⁹ sugirió en 1966 que la sociología se hacía cada vez más «internacional» debido a que se enfrenta a problemas similares en las sociedades más desarrolladas, industrializadas, urbanizadas y burocratizadas. Pero subrayó también su *americanización* debido al *status* del que gozaba en la sociedad americana y la precariedad en que se desarrollaba por Europa, con lo cual crecía la influencia de la sociología americana sobre la de otros países. Esta situación de predominio americano ha sido subrayada reiteradamente por algunos autores, contestada por otros²⁰ y también dada por superada. Recordemos que en los congresos mundiales de la pasada década se insistió mucho sobre la internacionalización como resultado inevitable de que se investigaba en los mismos campos y con los mismos métodos, se estandarizaban los procesos de investigación y se universalizaban los marcos conceptuales²¹.

El problema que se plantea ahora, fundamentalmente por parte de Münch, es la crítica a la dominación americana sobre Europa, el balance y el juicio minusvalorativo de gran parte de los resultados de la sociología americana de los últimos cincuenta años, y la defensa de las sociologías nacionales como signo de diversidad y riqueza frente a la homogeneidad y el empobrecimiento teórico de los americanos. Veamos de manera esquemática algunos de sus argumentos:

¹⁸ T. PARSONS (1954): *Essays in Sociological Theory*, Nueva York, Free Press; traducido en Buenos Aires, Editorial Paidós, 1967.

¹⁹ W. E. MOORE (1966): «Global Sociology: The world as a singular system», *American Journal of Sociology*, 71, marzo, pp. 475-482.

²⁰ P. BOURDIEU y J. C. PASSERON (1967): «Sociologie en France depuis 1945: mort et resurrection de la philosophie sans sujet», *Social Research*, vol. 34, núm. 1.

²¹ N. GENOV (1989): *National traditions in sociology*, Londres, Sage.

1) La sociología mundial ha estado dominada por los Estados Unidos (Parsons-Merton), pero ambos han derivado sus teorías de algunos de los exponentes europeos más representativos. Parsons, de A. Marshall, Pareto, Durkheim y Weber, mientras que Merton ha tomado las fuentes, sobre todo, del funcionalismo de Malinowski y de Durkheim.

2) El funcionalismo estructural de Parsons fue rechazado por los micro-sociólogos (Homans, desde el pensamiento neoclásico; Garfinkel, desde la fenomenología-etnometodología; Blumer, desde el interaccionismo simbólico; Collins, desde la teoría del conflicto) y por los marxistas Mills, Gouldner y Wallerstein.

3) La teoría social americana refleja el pensamiento americano y la relación con su realidad, que no se corresponden con el pensamiento y la realidad europeos.

4) En Europa la sociología se desarrolla en una relación mucho más estrecha con las ideas filosóficas que con la sociología empírica (sobre todo en Alemania y Francia).

5) La diversidad de las diferentes sociologías europeas se traduce en mayor creatividad porque se sostienen sobre una variedad más amplia de ideas y esto permite desafiar la hegemonía americana.

¿Cuál es esta teoría europea para Múnch?

a) La *británica*, cuyo desarrollo está vinculado al movimiento obrero y está representada por el marxismo británico (Rex, Lokwood, Miliband, Giddens).

b) El estructuralismo *francés*, que toma el *poder* como concepto central de análisis, lo mismo que hace la teoría británica del conflicto. Sólo que para los franceses el poder reside en la estructura, no en la solidaridad de la clase.

Otra variedad de la teoría social francesa se desarrolla en estrecha correspondencia con la sociología empírica (Crozier, Bourricaud, Bourdieu, Touraine, Boudon). La sociedad se conforma primordialmente mediante el poder de su estructura.

c) La *alemana*, hereditaria del historicismo y la dialéctica, representada ahora por la teoría crítica de Habermas y su cambio hacia la acción y la razón comunicativa, con la finalidad de desmontar la racionalidad técnica de los diversos sistemas (económico, político, legal...) de la estructura social para alcanzar una racionalidad más sustancial y satisfactoria para todos.

Dado el carácter esquemático de este escrito añadimos que Múnch termina diciendo que, sobre el tema de la «gran teoría», América es deudora de Europa y que se deben continuar los intercambios para favorecer las diversidades nacionales, aunque la hegemonía de la lengua inglesa es un obstáculo para la diversidad de la sociología europea y para entender las aportaciones teóricas de las otras naciones.

De las diferencias entre la sociología europea y americana que analiza Münch, J. Alexander subraya aquellas que le parecen las más llamativas y discutibles del sociólogo alemán, que son las siguientes:

a) La sociología mundial perderá capacidad de comprensión en sus perspectivas y en la variedad de sus enfoques sobre la realidad social si continúa aumentando la estandarización americana de la disciplina (denuncia la macdonalización de la sociología). Parsons y Merton asimilaron la teoría sociológica europea simplificando su gran riqueza.

b) Münch argumenta que la mayor parte de las teorías sociológicas funcionan como soportes ideológicos en defensa de sus propios estados y naciones. Es decir, que su aproximación a la teoría se establece en términos de nacionalidad.

c) El reto micro-macrosociológico americano al funcionalismo (la teoría del conflicto de Coser y Collins, por ejemplo) lo enfoca Münch no en términos teóricos, sino en términos nacionales, y la representación geopolítica de estas teorías refuerza no al pensamiento americano, sino al europeo, de donde toma sus raíces. Pero este reto micro-macro americano ha fracasado en su intento de superar las limitaciones teóricas del funcionalismo porque sus teóricos —Coser, Collins...— no han cumplido una ruptura suficiente con el pensamiento y la realidad americana a la que pertenecen y, puesto que todavía relacionan la variedad de sus teorías con la realidad y el pensamiento americanos, sus aportaciones continúan realmente la simplificadora «americanización de la teoría social europea» que iniciaron Parsons (macro) y Merton (*middle range*). Para Münch, los teóricos americanos de la micro-macro han incorporado las formas del pensamiento europeo pero no su contenido real²².

d) Además, la sociología americana de postguerra es sinónimo de homogeneidad y empobrecimiento, ejemplificados por lo que él llama «el artículo estándar uniforme» publicado en la *American Journal of Sociology* o en la *American Sociological Review*.

Solamente Europa puede purificar la contaminación de la teoría social, causada por la debilidad adquirida durante su estancia en América: debido a su gran diversidad, la sociología europea puede ser más creativa que la americana. Pero todavía queda un último bastión que bloquea la recuperación del lugar que le corresponde ocupar a la sociología europea, el imperialismo cultural angloamericano. Para salvaguardar las tradiciones nacionales del pensamiento contra la presión niveladora de la estandarización americana, el pensamiento europeo debe preservar la integridad y el poder de sus «diferentes lenguas».

Parece evidente que las palabras de Münch quieren decir que el carácter particular de la tradición y la lengua nacional imposibilita el acceso a las ideas teóricas de quienes se acercan a ellas desde otra cultura nacional. Este posicio-

²² R. MÜNCH (1994): *op. cit.*, p. 124.

namiento etnocéntrico queda ejemplificado cuando afirma: «la dialéctica alemana en inglés desgraciadamente sólo está a medio camino de la dialéctica».

Alexander ha reaccionado contra este posicionamiento de manera bastante furibunda, llegando incluso a insinuar, aunque de manera velada, los peligros del nacionalismo alemán. Pero si queremos bordear esa peligrosa dinámica y atenernos solamente a sus argumentos teóricos, podemos resumirlos de esta manera:

a) Reducir el pensamiento a un reflejo de la estructura social y de la cultura nacional —como hace Münch— expresa muchas dudas sobre la posibilidad de una idea supranacional.

b) Respecto a que la influencia intelectual americana se cimentó debido a la «hegemonía americana», a su expansión económica en el mundo y a su liderazgo internacional, Alexander responde que «dominación» es un término peyorativo y no se corresponde en absoluto con la relación que Europa y América han mantenido en el campo de la sociología.

Al argumento de que la teoría americana esterilizó la heterogeneidad del pensamiento europeo, a causa de la dominación étnica, racial y religiosa que los protestantes anglosajones de raza blanca impusieron en la vida americana, responde: ¿cómo se puede identificar el pensamiento social americano con la homogeneidad étnica y la dominación racial cuando fue la sociología americana de postguerra la que creó realmente la autocritica en el campo teórico y empírico de la sociología étnica y racial, y la teoría social americana postmoderna ha sido una de las principales impulsoras de los argumentos integracionistas de las sociedades multiculturales?

Tampoco están de acuerdo ambos autores sobre el origen de algunas aportaciones teóricas más recientes. Alexander describe a Homans como «quien ha revitalizado la teoría económica del pensamiento neoclásico», mientras que para Münch es quien ha reestablecido los vínculos con la teoría económica europea; para el primero, Blumer «revitalizó el pragmatismo americano desarrollando el interaccionismo simbólico de la obra de Mead», mientras que, para el segundo, Blumer reestableció los vínculos con la hermenéutica alemana a través de su interpretación de Mead, añadiendo que Garfinkel hizo lo mismo desde la fenomenología alemana de Schutz.

Esta polémica alcanza su cénit cuando Münch afirma que la dirección más novedosa en la teoría social americana actual es la *teoría de la acción racional*²³, que está alcanzando una posición cada vez más dominante. Esta afirmación es —según Alexander— completamente errónea, porque si se examina la teoría social americana desde el funcionalismo a la microsociología y los *Cultural Studies* se observan otras muchas corrientes novedosas que van desde los estudios

²³ Para una amplia exposición de esta teoría, ver Shaun P. HARGNEAVES HEAP y J. VAROUFAKIS (1995): *Game Theory. A critical introduction*, Londres, Routledge.

comunitarios y de la organización, que empezaron con Gans y Suttles y continúan ahora a través de Myers, hasta la nueva sociología de las emociones, ejemplificada en autores como Hochschild y Katz.

«Es más —añade Alexander—, no hay duda de que cada hilo de la teoría sociológica europea contemporánea se ha construido sobre aspectos fundamentales del pensamiento americano de postguerra. Boudon, p. ej., sería impensable sin la influencia de Homans, Blau, Merton y Coleman. Bourdieu formó su praxis teórica después de 1972 en buena medida desde su encuentro con Goffman y Garfinkel. La teoría estructuracionista de Giddens depende profundamente de tradiciones americanas como el pragmatismo y el interaccionismo, y las ideas de Habermas y Luhmann son esfuerzos para “europeizar a Parsons”»²⁴. Es cierto —como afirma Münch— que tanto la *American Journal of Sociology* como la *American Sociological Review* están consideradas como publicaciones marginales por las principales figuras de la sociología teórica y empírica, pero hoy día los microsociólogos raramente publican en ellas y prefieren la *Theory and Society* o la *Sociological Theory*, y los teóricos publican preferentemente en la *Annual Review of Sociology*.

En resumen, todas las objeciones de Münch son rebatidas por Alexander, quien considera que la descripción que hace de la sociología americana, más que una visión real, ofrece un conjunto de estereotipos culturales y clichés muy alejados de la riqueza y la complejidad del panorama de la disciplina en USA.

En base a esta riqueza y complejidad del pensamiento sociológico mundial me permito hacer algunas anotaciones a este interesante debate, con la finalidad de contribuir al esclarecimiento de algunos puntos que, a mi parecer, o no han sido indicados en la discusión, por la forzosa brevedad de los escritos, o no han sido tenidos en cuenta por considerarlos ajenos a la polémica sobre la «gran teoría». Sin embargo, a mí me parecen de gran utilidad si queremos tener una mejor comprensión de las relaciones Europa-USA en el campo de la sociología después de la Segunda Guerra Mundial. Me limitaré a tres aspectos: *a)* los condicionantes político-sociales de la influencia americana en Europa; *b)* la recepción de la sociología americana en cada uno de los países europeos, y me referiré a Inglaterra y Francia, a modo de ejemplo, y *c)* algunas objeciones teóricas a los textos de Münch y Alexander.

En primer lugar, conviene dar la razón a Münch respecto a la sobredeterminadora influencia de la sociología americana en Europa después de la segunda contienda mundial y durante casi todo el período de la guerra fría. Es un consenso prácticamente aceptado por todos aquellos que conocen bien esos años. Esta hegemonía americana, sin embargo, estuvo caracterizada por diversos factores que se sucedieron en el tiempo y que tienen como causa principal los efectos de la guerra y la voluntad política del liderazgo americano, que no

²⁴ J. C. ALEXANDER (1995): «How national is social theory? Critical notes on some worrying trends in the recent theorizing of Richard Münch», reproducido también en inglés en *Sociología*, año XXIX, núm. 2.3, p. 135.

se dio solamente en el caso de la sociología, sino también en el de la pintura²⁵, la física²⁶ y otros muchos campos del conocimiento y la cultura.

En el campo de la sociología quiero subrayar tres factores que, a mi parecer, fueron decisivos en este cambio geopolítico de la disciplina: 1.º) la emigración forzada de la élite intelectual, sobre todo la austro-germana; 2.º) la política de las Fundaciones, y 3.º) la migración voluntaria.

La *emigración forzada* cuenta con una amplia literatura dedicada a este aspecto²⁷. En el caso de Alemania, la mayor parte de la Escuela de Frankfurt²⁸, con Horkheimer a la cabeza, pasaron allí los años del exilio, aunque siempre tuvieron la mirada puesta en el retorno y la reconstrucción. Los representantes de Austria tuvieron una ubicación más dispersa, pero algunos no volvieron más y su trabajo ha dejado, tanto en un continente como en el otro, una huella permanente, como es el caso de Lazarsfeld²⁹. La New School for Social Research de New York es un testigo fundacional y permanente de la acogida americana a los emigrados no solamente en su acepción individual, sino incluso institucional. Basta recordar, en el caso francés, la acogida que dio a Gurvitch y la fundación adjunta de la Ecole Libre des Hautes Etudes de Nueva York.

La *política de las Fundaciones* —principalmente la Carnagie, la Rockefeller y la Ford— fue muy importante para el impulso de las ciencias sociales hasta el comienzo de su institucionalización en la década de los sesenta, sobre todo en lo que se refiere a la investigación aplicada³⁰. La Fundación Rockefeller seguía una tradición ya muy consolidada en este campo³¹, pero la Ford comenzó a dedicar importantes recursos para ayudar a la programación de las ciencias sociales y a la formación de investigadores. No conviene olvidar que la política de las Fundaciones americanas durante esos años tuvo diversos objetivos, entre los que conviene subrayar, según algunas interpretaciones, un Plan Marshall de implantación de las ciencias sociales con motivos reformistas que, a su vez, frenasen la expansión de la ideología comunista en los países europeos más afectados por ésta (Francia e Italia)³². En ese sentido, la penetración de la sociolo-

²⁵ S. GUIBAULT (1988): *Comment New York vola l'idée d'Art Moderne*, Nimes, edit. Jacqueline Chambron; traducido en Biblioteca Mondadori, 1990.

²⁶ J. M. SÁNCHEZ (1992): *El poder de la ciencia*, Madrid, Alianza.

²⁷ C. D. KROHN (1993): *Intellectuals in exile*, Massachusetts, The Univ. of Massachusetts Press.

²⁸ D. FLEMING y B. BAYLIN (1969): *The intellectual migration: Europe and America, 1930-1960*, Massachusetts, Cambridge.

²⁹ J. PICÓ (1998): «Teoría y empiria en el análisis sociológico: Paul F. Lazarsfeld y sus críticos». De próxima aparición en la revista *Papers*.

³⁰ Sobre este tema se puede ver I. L. HOROWITZ (1972): *Foundations of political sociology*, Nueva York, Harper and Row; R. F. ARNOVE (ed.) (1980): *Philanthropy and cultural imperialism. The Foundations at home and abroad*, Bloomington, Indiana Univ. Press.

³¹ B. MAZON (1985): «La fundation Rockefeller et les sciences sociales en France, 1925-1940», *Revue Française de Sociologie*, XXVI, pp. 311-342.

³² Ver D. PINTO (1977): «Sociology as a cultural Phenomenon in France and Italy», Ph. D. Harvard Univ.

gía americana en Europa era de vital importancia para romper una estrategia de enfrentamiento y conflicto entre derecha e izquierda³³.

Por último, la *emigración voluntaria*. En este fenómeno incluyo, sobre todo, la formación intelectual de muchos de los principales sociólogos europeos en América y la posterior importación de técnicas de investigación y teorías, y la política de traducciones. Quiero recordar en Francia el caso de Friedmann, que fue maestro de toda una generación, y posteriormente de Stoetzel y Touraine³⁴. En Alemania no sólo se produjo el retorno de la Escuela de Frankfurt, sino que se propiciaron muchas traducciones de autores americanos y tanto Köning como Schelsky trabajaron denodadamente en técnicas aplicadas. Inglaterra fue un caso aparte tanto por su tradición fabiana como porque la mayor parte de los primeros sociólogos de la London School of Economics eran extranjeros (Dahrendorf, Rex, Gehlen...). No obstante, el americano Edward Shils, profesor en la LSE, introdujo inmediatamente las teorías de Parsons. Y, por último, en Italia —los primeros representantes de la postguerra—, Ferraroti y Pizzorno también viajaron a USA en los primeros años cincuenta bajo el patrocinio de la Olivetti³⁵.

En segundo lugar —respecto a la recepción de la sociología americana en cada uno de los países europeos—, a mí no me parece que las diversas sociologías nacionales hayan servido de soporte a las ideologías nacionales, al menos en la Europa democrática; sin embargo, sí que es cierto que han mantenido una relación estrecha con la realidad singular de cada uno de ellos, y una lucha entre la resistencia y la asimilación respecto de la sociología americana.

Dos ejemplos distintos de esta lucha son Inglaterra y Francia. En el caso inglés, Oromaner³⁶ hizo un estudio comparativo en 1970 en el que trataba de ver cuáles eran los nombres más citados en un determinado período de tiempo —de 1958 a 1968— en los escritos de dos revistas de sociología que representasen a los profesionales consagrados. Esta medida fundamenta su validez en el hecho de que lo que se cita en los escritos científicos es generalmente aquello que se cree que es más importante, y a los autores que tienen más peso e influencia en la comunidad científica. Escogió dos sociedades bastante similares, donde además la barrera de la lengua no supusiera una dificultad en la comunicación entre los estudiosos de ambos países. Con estos criterios seleccionó la *American Sociological Review* y la *British Journal of Sociology*, y dividió el arco temporal en dos períodos, 1958-62 y 1967-68.

Los resultados del estudio le llevaron a la conclusión de que, por una parte,

³³ M. POLLAK (1976): «La planification des sciences sociales», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 2-3, pp. 105-121.

³⁴ A. DROUARD (1982): «Reflexions sur un chronologie: Le développement des sciences sociales en France de 1945 á la fin des années soixante», *Revue Française de Sociologie*, XXIII.

³⁵ D. PINTO (1977): *op. cit.*

³⁶ M. J. OROMANER (1970): «Comparison of influentials in contemporary American and British Sociology: a study in the internationalisation of sociology», *British Journal of Sociology*, vol. 21, pp. 324- 332.

había una convergencia creciente entre los sociólogos americanos e ingleses respecto a los nombres que se sentían obligados a citar más frecuentemente y, por otra, los antropólogos que contribuyeron con sus escritos en la publicación inglesa durante el primer período habían sido totalmente sustituidos por sociólogos americanos durante el segundo, lo que indicaba una clara americanización de la sociología británica. Es decir, que la sociología inglesa había mostrado poca resistencia a la asimilación e influencia americana.

Sin embargo, el caso francés es bastante distinto, como lo han puesto claramente de manifiesto diversos autores. Aquí nos referiremos solamente a las aportaciones de M. Peillon³⁷ y de A. Drouard³⁸ por su brevedad y claridad, aunque se podrían citar otros ejemplos.

Para Peillon, la influencia de la sociología americana en Francia es indudable, pero ambas sociologías se diferencian considerablemente al menos en cuatro aspectos fundamentales: *a)* en el tratamiento de los clásicos; *b)* en el tipo de problemas sociales considerados; *c)* en la forma diversa en que se tratan los mismos temas, y *d)* en la diversidad de sus corrientes de pensamiento.

En primer lugar, entre franceses y americanos se da una interpretación diferente de los clásicos, sobre todo de Weber y Durkheim, porque además los americanos ignoran a Marx. En el caso de Weber, los americanos se fijan predominantemente en su aportación sobre la acción social, la legitimación del orden social y la afirmación de la neutralidad axiológica, mientras que no les interesan tanto sus trabajos sobre la estructura de la dominación y el conflicto social que expresan un mayor realismo sociológico. En Durkheim, se interesan —Parsons sobre todo— por la integración de la sociedad a través de la regulación moral, por la inculcación de las normas sociales y del control social, pero rechazan sus aspectos más idealistas, sobre todo la consideración de lo social como una realidad específicamente irreductible a la interacción individual.

Si nos referimos al tipo de problemas sociales considerados, los americanos han privilegiado sobre todo la desviación, la etnicidad, la familia y los estudios sobre las actitudes y la socialización, muy próximos a la psicología social, como ocurre también en el campo de la sociología de las organizaciones. Mientras que los franceses han trabajado preponderantemente sobre ciudad y urbanismo, el mundo del trabajo y los movimientos sociales, sin olvidar en el ámbito simbólico la sociología del arte, la religión y las fiestas.

Es más, si nos fijamos en los trabajos que han aportado ambas sociologías sobre los mismos temas observaremos que el enfoque ha sido diferente. Ambos han estudiado la educación, la movilidad social y el cambio, pero los franceses lo han hecho desde la perspectiva de las clases sociales, mientras los americanos desde la estratificación social. En el campo de la sociología política, los ameri-

³⁷ M. PEILLON (1982): «La sociologie américaine en France», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, vol. LXXII, pp. 159-172.

³⁸ A. DROUARD (1989): «The development of Sociology in France after 1945», en N. Genov (ed.), *National traditions in Sociology*, Londres, Sage, pp. 66-80.

canos se han interesado por el comportamiento electoral y la cultura política, los franceses se han centrado en el Estado. Estas diferencias se han debido, sobre todo, a las diferentes realidades nacionales y al contexto que ha rodeado el quehacer intelectual de ambas sociologías. La sociología americana no ha puesto casi nunca en duda el propio sistema social, ha sido presionada para resolver problemas sociales prácticos, para aconsejar a los poderes políticos y sociales y para responder a exigencias de utilidad inmediata, mientras que la sociología francesa, marginada y sospechosa por parte del poder establecido, ha tomado desde el inicio un papel social crítico. Además, esta última ha tenido una tendencia a privilegiar la utopía y a desdoblarse la realidad entre lo que es y lo que puede ser, dirigiendo la mirada hacia esto último y criticando la sociedad tal como nos viene dada. Mientras que la sociología americana no ha tomado casi nunca esa dirección.

Por último, para Peillon, las dos sociologías se han situado sobre corrientes de pensamiento distintas. En la americana ha predominado el funcionalismo-empirismo de Parsons-Merton, mientras que la francesa ha sido más plural, coexistiendo el estructuralismo, el marxismo y el empirismo. No obstante, las dos han tenido un punto de encuentro en la vertiente crítica, que ha tenido como representantes americanos a Mills y Gouldner y a los franceses Lefebvre, Touraine y los neomarxistas.

A su vez, para Drouard, la penetración de la sociología americana en Francia fue limitada porque se encontró con diversos obstáculos, entre los que citamos:

1.º) En Francia la Universidad no tiene el mismo significado que en los países de habla inglesa, donde constituye una institución social compleja que combina la enseñanza con la investigación y la formación profesional.

2.º) En la tradición francesa la sociología iba unida a la filosofía tanto en la enseñanza como en la investigación y separada de las escuelas de Derecho. El vínculo privilegiado que existía en Francia entre filosofía y sociología no solamente se opuso a la penetración americana de la sociología empírica, sino que también fomentó la preocupación de la sociología francesa por la teoría sociológica y la conceptualización.

3.º) El tercer obstáculo fue la influencia que el marxismo y el comunismo tenían sobre los intelectuales franceses. Es imposible entender la reacción de los sociólogos franceses a la sociología americana sin referirse al papel y la influencia del Partido Comunista sobre la vida intelectual francesa después de la Liberación.

En *La somme et le reste*³⁹, Lefebvre analiza las razones de la hostilidad del Partido Comunista hacia la sociología, a la que consideraban una pseudociencia que se estudia en las sociedades burguesas. Revistas de inspiración comu-

³⁹ H. LEFEBVRE (1973): *La somme et le reste*, París, Béliabaste, pp. 202-203.

nista como *La Nouvelle Critique*, *La Pensée* o *Europe* atacaban las ciencias sociales americanas acusándolas de instrumentos capitalistas e imperialistas.

Vemos, pues, que la influencia de la sociología americana sobre la europea ha sido muy dispar y ha tenido que adaptarse a las características culturales de cada país.

Por último, me limitaré a dejar constancia de algunas objeciones personales a las argumentaciones teóricas de Münch y Alexander.

En primer lugar, Münch habla de la teoría británica marxista de la inmediata postguerra, mencionando a Rex y Lokwood, y dejando fuera a Dahrendorf, quizá porque este autor no es inglés. Pero, a mi entender, Lokwood no ha sido considerado nunca un teórico, aun apreciando sus trabajos pioneros en sociología industrial, y Rex publica su primer trabajo teórico, *Key Problems in Sociological Theory*, en 1961, y además tampoco creo que se les pueda considerar marxistas en el sentido «continental» del término. Sin embargo, aunque lo conoce bien, olvida a Tom H. Marshall, que a mi parecer ha sido la figura más prominente en el ámbito británico, al menos hasta la aparición de A. Giddens. Su diálogo con el otro Marshall (Alfred), su trabajo sobre las clases y, sobre todo, la fecundidad que ha tenido el desarrollo de su concepto de *ciudadanía* a lo largo del siglo no me parece que hayan sido suficientemente valorados⁴⁰.

Münch habla, además, de dos sociologías francesas: la teórica, vinculada a la *grand théorie*, en la que sitúa las diversas corrientes del estructuralismo, y la empírica, metiendo por igual en este campo a Touraine, Bourdieu y Boudon. Es extraño que un teórico como Münch haga esta división epistemológica, pero aún lo es más que meta en el mismo saco la teoría de la acción de Touraine, el estructuralismo de Bourdieu y el individualismo metodológico de Boudon, siendo estos dos últimos el *oppositum per diametrum*.

Por último, Münch olvida muchas aportaciones norteamericanas que han sido de vital importancia y han influido en la sociología europea, y no nos referimos solamente a la riqueza conceptual del propio funcionalismo o a las teorías de alcance medio de Merton, sino a los trabajos de Mills, Riessman, Bell, Goffman y tantos otros. Además, no creo que su representación geopolítica de la sociología en base a la división micro-macro tenga hoy en día muchos adeptos. Y, en el caso americano, se ha olvidado del marxismo, que, bajo etiqueta analítica (Elster, Roemer...) o no, está teniendo una actividad considerable en estos últimos años.

Estas observaciones sobre Münch no eximen a Alexander de un cierto etnocentrismo sociológico porque aunque ha hecho un gran esfuerzo teórico en su *Theoretical Logic in Sociology*⁴¹, sin embargo, da la impresión de que tiene una visión muy americanizada de la sociología. Parece como si toda la sociolo-

⁴⁰ Ver el libro homenaje publicado recientemente: M. Bulmer y A. M. Rees (eds.) (1996): *Citizenship today. The contemporary relevance of T. H. Marshall*, Londres, UCL Press.

⁴¹ J. C. ALEXANDER (1983): *Theoretical logic in sociology. The modern reconstruction of classical thought*, Berkeley, California Univ. Press.

gía de postguerra sea solamente un diálogo con Parsons⁴², o, como dice Ferrarotti⁴³, no parece capaz de escapar al lugar común en base al cual sería plausible que todo el desarrollo del pensamiento sociológico desde Comte no haya tenido otra función que allanar el camino al funcionalismo parsoniano y que el marxismo ni existe ni ha existido y, por tanto, no se ha de tener en consideración. Además, afirmaciones como que Boudon sería impensable sin la influencia de Homans, Blau, Merton y Coleman pueden estar más o menos justificadas, pero que Bourdieu formó su praxis teórica a partir de la década de los setenta, en buena medida desde su encuentro con Goffman y Garfinkel, o que las ideas de Habermas son esfuerzos para «europeizar a Parsons», nos parecen totalmente injustificadas e incluso «salidas de tono».

Quisiera concluir la reflexión sobre este tema con una referencia al Encuentro que en junio de 1997 ha celebrado en Lund (Suecia) la International Sociological Association, bajo el tema «Sociological Theory: Between Difference and Integration», esta vez con participación española. Rodríguez Ibáñez⁴⁴, respondiendo a Ferrarotti con la intención de complementar el enfoque sur-europeo a esta polémica, sugiere que no se debe exagerar el impacto que han tenido las tradiciones nacionales sobre la producción sociológica porque es más cierto probablemente que las sociologías de todos los países tienden a identificarse con escuelas, corrientes de pensamiento teórico o marcos metodológicos que no con nacionalidades o idiomas, tal como han subrayado el mismo y otros autores⁴⁵.

Sin embargo, a mí me parece que aunque es innegable que el pensamiento social se identifica cada vez más con escuelas y marcos teóricos, vengan de donde vengan, que no con estereotipos nacionales o identidades lingüísticas, tal como afirma Rodríguez Ibáñez, también es verdad que durante buena parte del siglo XX las tradiciones nacionales (el historicismo, el estructuralismo, etc.) y el ambiente cultural de cada país han pesado mucho, como prueba Drouard, tanto en el contenido de los temas tratados como en el enfoque que se les ha dado, lo que ha puesto de manifiesto la diversidad de la interpretación y recepción del pensamiento foráneo, tanto si éste era europeo como americano.

Creo que éste es un tema al que la sociología no ha dedicado todavía demasiado tiempo, a pesar de todas las contribuciones sobre la aportación de las diversas sociologías nacionales, y que una dedicación mayor contribuiría no sólo a enriquecer la historiografía de la disciplina, sino a depurar muchas de las teorías que con mayor o menor peso han aparecido en la segunda mitad del siglo XX.

⁴² J. C. ALEXANDER (1989): *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona, Gedisa.

⁴³ F. FERRAROTTI (1996): «Some remarks on present day sociology with special reference to the Italian scene after the second world war», *Theory*, otoño.

⁴⁴ J. E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ (1997): «On Sociological difficulties and national backgrounds. A comment from Spain», *Theory*, primavera, pp. 6 y 7.

⁴⁵ D. N. LEVINE (1995): *Visions of the Sociological Tradition*, Chicago, The Univ. of Chicago Press; J. E. RODRÍGUEZ IBÁÑEZ (1996): «Las cuatro avenidas fuertes de la teoría sociológica contemporánea», *Papers*, núm. 50, pp. 17-27.

ABSTRACT

The comprehensiveness of world sociology and the variety of its approaches to social reality will be undermined if the standardisation of American professional sociology continues its ascendancy. European sociology must buck this trend just as Europe must resist the *MacDonaldisation* of culture as a whole in order to preserve its diversity and that of the world. Opposing the thesis propounded by R. Münch, Jeffrey C. Alexander questions the particular way in which the German sociologist investigates the social dimension of science and the reductionism of his focus, ie, the asymmetry between social causes and theoretical logic in his analysis of European and American sociology. This paper attempts to situate, synthesise and clarify some of the topics of this theoretical polemic.